

# DON DIEGO DE NOCHE.

## PERSONAS.

EL PRÍNCIPE DE ARAGON. EL CONDE DE URGEL. LEONORA, su hermana.	DON FERNANDO. DON CÁRLOS, su hijo. LUCINDA, su hermana. DON BERNARDO.	DON DIEGO DE MENDOZA. LOPE, su criado. FEBO, RAMIRO, } criados.	CELIO, LISEO, LUCRECIO, FLORA, criada. }
--	--	--	---

## JORNADA PRIMERA.

Salen EL CONDE y DON BERNARDO.

DON BERNARDO.  
 Cuando hay segura amistad  
 Justamente se confía.

CONDE.  
 Con este engaño querría  
 Conquistar la voluntad.

DON BERNARDO.  
 Si sabes la que te tiene  
 El príncipe de Aragón,  
 Vanos los engaños son.

CONDE.  
 Aumentarla me conviene,  
 Y si ambición te parece  
 Querer agora aumentalla,  
 Por lo menos conservalla  
 Justa disculpa merece;  
 No da al capitán la gloria  
 Don Bernardo, el conquistar,  
 Sino es saber conservar  
 La gloria de la victoria;  
 Quiéreme el Príncipe bien,  
 Pero con esta ocasión  
 Conservaré la opinión  
 Y la esperanza también;  
 De la industria no te espantes,  
 Que el amor, donde hay poder,  
 Como el mal, suele tener  
 Sus crecientes y menguantes;  
 El quiere perdidamente  
 A Lucinda de Aragón;  
 No es casamiento, aunque son  
 Deudos; porque no es decente  
 Que dentro del reino case,  
 Que en lo demás le igualara;  
 Ella, que en su honor repara,  
 De que se hiele ó se abra  
 Tiene muy poco cuidado,  
 Y así el Príncipe, celoso,  
 Ronda esta calle, animoso,  
 De que ha de hallar confiado  
 La causa por qué la deja.

DON BERNARDO.  
 ¿Y hay causa?

CONDE.  
 De ajeno amor  
 Ninguna, sólo su honor  
 Este desdeñe le aconseja;  
 Con esto, tengo pensado  
 Fingir que hay causa, por quien  
 Le deja, y hacer también  
 Que fueses tú disfrazado  
 Quien le salga á acuchillar  
 Con dos criados leales,  
 Pues que tú los tendrás tales,  
 Que esto les puedas fiar;  
 Yo, que escondido estaré,  
 Saldré á ponerme á su lado;  
 Huireis todos, con cuidado

De que el Príncipe me dé  
 Por autor de aquella hazaña,  
 Y por cuya valentía  
 En la confianza mía,  
 Pues en esto á nadie engaña,  
 Ponga su amor y secreto,  
 Y llegue yo á tal lugar,  
 Que venga Aragón á estar  
 A mis intentos sujeto;  
 Que el que tuviere con él,  
 Ese tendrás tú conmigo.

DON BERNARDO.  
 Tú sabes que soy tu amigo,  
 Y que te he sido fiel;  
 De tu intento, Conde, estoy  
 Advertido; dos criados  
 Tengo leales y honrados  
 De quien deudo y dueño soy,  
 A quien daré de esto parte.

CONDE.  
 Pues parte y diles mi intento,  
 Y como es mi pensamiento,  
 Bernardo, alcanzar por arte  
 Lo que niega la fortuna.

DON BERNARDO.  
 ¿A qué hora viene aquí?

CONDE.  
 Él suele decirme á mi  
 Que entre las doce y la una.

DON BERNARDO.  
 Yo voy.

CONDE.  
 El cielo te guíe.

DON BERNARDO.  
 Tu dicha el cielo previene.

CONDE.  
 ¡Dichoso el hombre que tiene  
 Un hombre de quien se fie!

Salen EL CONDE, EL PRÍNCIPE  
 y CELIO.

PRÍNCIPE.  
 Vete, Celio, que se enoja  
 Lucinda de que á su puerta  
 Venga con gente.

CELIO.  
 Ella acierta;

Porque lo que más despoja  
 A una dama de su fama,  
 Es publicar sus amores  
 El galán.

PRÍNCIPE.  
 Pocos favores  
 Publicaré de mi dama.

CELIO.  
 No estaré lejos de aquí,  
 Por si llama vuestra Alteza.

PRÍNCIPE. (Vase.)  
 Desdeñe con tanta belleza,  
 ¿Qué quieres hacer de mí?

¡Ay ventanas! cuando os veis  
 Del sol puertas de zafiros,  
 Si de mil dulces suspiros  
 Las rejas enternecéis,  
 ¿Por qué no decís que veis  
 Mis ojos hechos aurora?  
 Pues ella por verle llora,  
 Y ellos, al contrario, al cielo  
 Hasta que rompiendo el velo,  
 Los pies de la noche dora;  
 Huya de mi sol Lucinda  
 Esta noche artificial,  
 Que la noche natural  
 No quiero que se le rinda;  
 Que su luz hermosa y linda  
 No saldrá, si coronado  
 De luz sale el sol prestado  
 Al cielo desde sus ojos,  
 Donde yace por despojos  
 La noche de mi cuidado.

¿De qué me sirve el poder,  
 Si no puedo lo que quiero,  
 Y en lo que quiero no espero  
 Que pueda más de querer?  
 Mas si querer es hacer  
 Lo más que puede el valor,  
 Yo quiero que tu rigor  
 Pueda en mí lo que quisiere,  
 Pues harto puede quien quiere  
 Sufrir cuanto puede amor.

CONDE. (Ap.)  
 Notables quejas, suaves  
 Suspiros, lástima es ver  
 Que tenga amor tal poder  
 Hasta en los hombres más graves;  
 Lucinda sale, yo quiero  
 Esconderme hasta que venga  
 Don Bernardo, porque tenga  
 Principio el favor que espero;  
 Que al ingenio muchas veces  
 Se ha rendido la fortuna.

PRÍNCIPE.  
 Los marcos dan luz alguna.  
 ¡Ay dulce sol, si amaneces!

Salen EL PRÍNCIPE y LUCINDA.

LUCINDA.  
 ¿Es vuestra Alteza?

PRÍNCIPE.  
 Yo soy,

Y no me llames así,  
 Que ya no hay alteza en mí  
 Después que á tus pies estoy.

LUCINDA.  
 ¿Quién viene con vos?

PRÍNCIPE.  
 Señora,  
 El elemento del fuego,  
 Un niño, un gigante, un ciego,  
 Un Argos que vela agora;  
 Una salamandra ardiente,  
 Un áspid entre las flores,



Que es sobre várias colores  
Camaleon trasparente;  
Un Fénix que muere y nace  
De sí mismo, una sirena  
Que canta y mata, una pena  
Que atormenta y satisface,  
Un animoso temor;  
Pero puesto que os asombre,  
Si quereis saber su nombre,  
Sabed que se llama amor.

LUCINDA.  
Bien pareceis, gran Señor,  
Pues aunque os tengo avisado,  
Venís tan acompañado.

PRÍNCIPE.  
Pues con todo cuanto os digo,  
Vengo tan solo, que sigo  
La sombra de mi cuidado,  
Que de mi amor los efectos  
Son interior compañía,  
Aunque á tenerla de día  
Los reyes están sujetos.

LUCINDA.  
¿Pues es de día?  
PRÍNCIPE.  
En secretos  
Rayos del sol para mí.  
Que en vuestros ojos le vi.

LUCINDA.  
¿En fin, estais solo?  
PRÍNCIPE.  
Amor

LUCINDA.  
Está conmigo.  
Mi honor  
Me obliga que os hable así.

Salen DON DIEGO y LOPE, de camino.

DON DIEGO.  
Las postas fué muy bien hecho  
Que á la puerta se quedasen.

LOPE.  
Sí, pero no que llegasen  
A las horas que sospecho.

DON DIEGO.  
¿En qué lo ves?

LOPE.  
En no ver  
Tienda abierta en Zaragoza,  
Meson de huésped ni moza.

DON DIEGO.  
No sé qué habemos de hacer,  
Que no me está bien llegar  
Con alboroto.

LOPE.  
No siento  
Lo que es el alojamiento;  
Pero quisiera alojar  
La panza si hubiera dónde.

DON DIEGO.  
Eso es imposible ya.

LOPE.  
La noche ¿qué no podrá?  
Todo lo encierra y lo esconde.

DON DIEGO.  
Llaman ausencia del día  
A la noche.

LOPE.  
Bien dijeron,  
Pues sus sombras se atrevieron  
A la falta que él hacia.

DON DIEGO.  
El silencio y soledad  
De la noche son efectos.

LOPE.  
Pasteleros recoletos  
Son los de aquesta ciudad;  
Sustento tan socorrido  
No se habia de esconder  
Hasta el alba.

DON DIEGO.  
Si comer  
Quieres de lo que he traído,  
Lope, aquí en la faltriquera,  
Eso puedo darte.

LOPE.  
¿Y es?  
DON DIEGO.  
Confites.

LOPE.  
No me los des;  
¿Pesar de un pié de ternera  
Con un ajo castellano!  
¿Yo confites? ¿Soy ardilla?  
DON DIEGO.

DON DIEGO.  
Mira que son de Castilla.  
LOPE.  
¿Oh confitero inhumano!  
Cómalos un gran señor  
Después de treinta capones  
Por quitar imperfecciones  
Al gusto con limpio olor.

DON DIEGO.  
Lo dulce es muy alabado.  
LOPE.  
Pues que lo coma el Sofí;  
Un capitán conocí  
Que no recibió soldado  
Que supiese que en su vida  
Comió confites.

DON DIEGO.  
¿Por qué?  
LOPE.  
Porque se sabe que fué  
Siempre superflua comida,  
Femenil y delicada,  
Y un soldado ha de comer  
Sierpes, y á falta, morder  
Las manzanas de la espada.

DON DIEGO.  
Hartos veo y hartos honrados  
Que porque espadas no tienen  
No las comen.

LOPE.  
Esos vienen  
Con servicios desdichados;  
Pero cuando el tiempo es tal  
Aunque en dichosos imperios,  
Que coman de monasterios  
Tengo por mala señal;  
Algunos hombres dejaron  
En testamentos que hicieron  
Raciones con que vivieron  
A perros con quien cazaron;  
Soldado has sido no más,  
Durmámos, si hay dónde.

DON DIEGO.  
Aquí  
Hay un portal.

LOPE.  
Yo por tí  
Me pesa, que en fin estás  
A buena cama enseñado;  
Yo, medio galgo y medio hombre,  
Tengo diez de gentil hombre  
Y en pié me duermo arrimado.  
(Arrimados don Diego y Lope.)

DON DIEGO.  
Salen DON BERNARDO, RAMIRO  
Y FEBO.  
DON BERNARDO.  
Cuando os hiciere señal,  
Los dos acometeréis;  
Y mirar que le apreteis,  
Pero con destreza tal,  
Que jamás le toque espada.

RAMIRO.  
Deja el cuidado á los dos.  
LOPE.  
Moscones andan por Dios.  
DON DIEGO.  
Duerme, y no pienses en nada.  
LOPE.  
Matéle.

DON DIEGO.  
No hagas ruido.  
LOPE.  
Es con el diablo.  
DON DIEGO.  
Callar.  
LOPE.  
Moscones, ir á picar  
Un hombre que haya comido.  
FEBO.  
¿Qué aguardas?

DON BERNARDO.  
A que se vea  
El Conde, que ha de llegar  
A defenderle.  
LOPE.  
Picar  
Con el diablo. ¿Soy jalea?  
¿Soy pastel? ¿Soy manjar blanco?  
¿Soy pierna de pobre?

DON DIEGO.  
Advierte  
Que anda gente.  
LOPE.  
De esa suerte  
La de me fecit arrango.  
LUCINDA.  
Gente suena, y no es razon  
Que sepan con quién habláis.  
PRÍNCIPE.  
¿Celos del temor me dais?

LUCINDA.  
No hay burlas con la opinion. (Vase.)  
FEBO.  
Gente he sentido, sin duda  
Es el Conde.  
DON BERNARDO.  
Meter mano.  
(Pónense máscaras.)  
PRÍNCIPE.  
No me recelaba en vano;  
Si aquí el valor no me ayuda,  
Traidores me han de acabar,  
Que son traidores los celos.

DON BERNARDO.  
Matarle, legad.  
DON DIEGO.  
¡Ay cielos!  
PRÍNCIPE.  
Nadie se dejó matar.  
DON DIEGO.  
Y más teniendo á su lado  
Un hombre de bien.  
LOPE.  
Y á un dos.

FEBO.  
De veras riñen, por Dios.  
DON BERNARDO.  
El Conde nos ha engañado.  
(Huyen los tres del Príncipe y de don Diego.)

Salen EL PRÍNCIPE, DON DIEGO,  
LOPE y EL CONDE.

CONDE. [biere  
¿Qué es esto? ¿Sin que yo venido hu-  
Al Príncipe acomete don Bernardo!  
PRÍNCIPE.  
Dejadlos, caballero, que me importa  
No ser en esta calle conocido.  
CONDE. (Ap.)  
Gente sin duda el Príncipe ha traído.  
DON DIEGO.

Haré lo que mandais, pues ya sospecho  
Que de alguna persona el honor causa  
Que no acabeis la comenzada empresa.

CONDE. [veces  
Erré el suceso. ¿Oh industria, cuántas  
Resultas en más daño de tu dueño!  
Volverme quiero, que será mi muerte  
Si me reconociesen en la calle.

PRÍNCIPE.  
A lo que muestra el hábito y el talle,  
Pareceis forastero, caballero.

DON DIEGO.  
En este punto llegó á Zaragoza,  
Y fué dicha llegar en este punto,  
Porque sin duda os matan si no llego.

PRÍNCIPE.  
Téngolo por sin duda, que soy hombre  
Que sin resolucion tan atrevida  
No vinieran con máscaras de celos;  
Yo sirvo en esta calle á cierta dama  
Que su desden encubre con su fama;  
No corresponde á mis obligaciones  
Que dice que no quiere en opiniones  
Su honor; y para mi miente, pues veo  
Que el dueño, como veis, de su deseo  
Viene á matarme, siendo yo; ¿qué dudo  
De hablar con vos, á quien la vida debo?  
Siendo el Príncipe yo.

DON DIEGO.  
Dábame el alma  
Mil señas del valor de vuestra Alteza,  
Que las tinieblas de la oscura noche  
Querian encubrir á mi ignorancia;  
Dadme esos piés mil veces.

PRÍNCIPE.  
Con los brazos  
Honrar es justo los valientes vuestros;  
Ya que sabeis quien soy, y que os pro-  
No ser ingrato á beneficio tanto,  
Decidme vos quien sois.

DON DIEGO.  
Si vuestra Alteza  
La palabra me da de no decirlo  
Hasta que estén mis cosas en estado  
Que puedan dar la cara descubierta,  
Sabrá quien soy y mis desdichas.

PRÍNCIPE.  
Digo  
Que con la obligacion de vuestro amigo  
Si la de ser quien soy no basta, juro  
De tener en secreto vuestro nombre.

DON DIEGO.  
Pues en tan justa confianza, oidme.  
PRÍNCIPE.  
Imitaré la noche en el silencio.

LOPE. [dido  
Y yo entre tanto en este umbral ten-  
Quiero probar que un hombre que ha  
La posta, y llega el parche desollado  
Puede dormirse sin haber cenado.

DON DIEGO.  
Heroico Príncipe, en quien  
El alto cielo atesora  
Las grandezas y virtudes  
Que un real sugeto adornan;  
Vos, que habeis de dar más nombre  
Y excelencia más famosa  
A la casa de Aragón  
Que sus insignes victorias;  
Sabed, que para serviros  
Soy don Diego de Mendoza,  
Deudo de familia ilustre,  
De la banda verde y roja;  
De la montaña á Castilla  
Vine con edad tan poca,  
Que fui menino del Rey  
Que hoy con su llave me honra;  
Fué mi ejercicio la caza  
Gran tiempo, y en las frondosas  
Selvas mi vida más libre  
Que el viento, rey de las ondas;  
Allí las aves andaban  
De mis tiros temerosas,  
Y las fieras de mis armas  
Trepando las altas rocas;  
En la orilla del Pisuerga  
Pasaba las tristes horas  
De los juveniles días  
Que la mejor sangre gozan;  
Otras veces á la espada  
Negra, acompañada ó sola,  
Enseñaba el fuerte brazo,  
Que tanto al que es noble importa;  
Vineme á hacer tan robusto,  
Que no volviera pelota  
Que yo sacara Roldan:  
Así volaba furiosa;  
Pues en las cañas la mía  
De manera el aire azota,  
Que la tuvieran por ave  
Las celestes claraboyas;  
En la arrugada cerviz  
De los toros de Zamora  
Vió Valladolid mil veces  
Cuchilladas tan airosas  
Que las arenas sangrientas  
Alcanzaron con la boca  
Como otras veces la yerba  
Del Duero en la verde alfombra;  
No sabia en este tiempo  
Si amor era pena ó gloria,  
Si era alegría ó tristeza,  
Si era descanso ó congoja,  
Si era voluntad ó fuerza,  
Si era antidoto ó ponzoña,  
Si era enemigo ó amigo,  
Si era fabula ó historia;  
Pero por tomar venganza,  
Si de los libres la toma,  
Previno el arco, imitando  
La que á ninguno perdona:  
Nació un Príncipe en Castilla,  
En cuyas fiestas dichas  
Una sortija mantuvo  
El claro marqués de Astorga;  
Salió galán de encarnado,  
Con mil armiños por orla,  
Todo el campo del vestido  
Narcisos de plata bordan;  
Blanco un hermoso caballo  
Que de la clin á la cola  
Pienso que estuvo del arte  
Naturaleza envidiosa;  
Llamábase Pensamiento,  
Nombre que su intento abona,

Porque en la color y el vuelo  
Pensó que era garza hermosa.  
Dábanle mayor belleza,  
Aunque era extremo de todas,  
Guarniciones encarnadas  
Llenas de perlas y aljófar.  
Llevé en un dorado carro  
Con una palma y corona  
A la libertad triunfando  
Del amor, las flechas rotas.  
Atados iban los celos  
Con la ausencia peligrosa,  
El desprecio y el desden  
Con grillos y con esposas.  
Ganéle al mantenedor  
Por mejor lanza una joya;  
Dila á una dama del Rey  
De la casa de Cardona;  
Agradeciome otro día  
El servicio, y de una y otra  
Palabra fué amor trazando  
Su venganza rigorosa.  
Tracé escribirla un papel,  
No porque el amor le nota,  
Mas por parecer discreto,  
Que hay arrogancias en prosa.  
Respondiome y fué creciendo  
La amistad, hasta que toda  
El alma, hasta allí cobarde,  
En el mar de amor se engolfa.  
Apénas vine á quererla,  
Cuando de ella se enamora  
Nuño de Zúñiga, un hombre  
De grande y gentil persona,  
Trece del Orden ilustre  
De la insigne espada roja,  
Hombre estudioso en la guerra,  
Pirro en Grecia, Héctor en Troya.  
Los celos que llevé á todos,  
El amor desaprisonian  
Tanto, que estuve á sus piés.  
Así se truecan las cosas.  
Cayósele del marfil  
De la mano á esta señora  
En un jardín cierto día  
Un guante cogiendo rosas.  
Corrimos juntos yo y Nuño  
A alzarle; su furia loca  
Fué tal, que me derribó  
Sobre una fuente, que agora  
No mormurará de mí,  
Como á ver el campo corra,  
Adonde sus vidrios puros  
Troció por sangrientas olas.  
El Rey volvió la cabeza,  
La risa le fué forzosa,  
Los deudos se alborotaron,  
Sólo amor no se alborota.  
Fuime, y escribíle á Nuño,  
Que le espero á las diez horas  
En el prado de la Santa,  
Que á serlo á tantas provoca.  
Vino Nuño y vino solo,  
Y apénas miró mi sombra,  
Quando sacando la espada  
La capa en el brazo dobla.  
Contarte aquesta pendencia,  
Era aguardar que la aurora  
Se hallase donde te cubres  
De la noche perezosa.  
Basta saber que á los brazos  
Llegamos, porque socorra  
Mi honor, derribando á Nuño,  
Caida tan afrentosa.  
Maté á Nuño con la daga,  
Por donde faltó una cota  
Que traía, y con mis celos  
Murio también mi deshonra.  
Por tomar mi capa entonces,  
Tomé la suya; responde  
Por mi turbacion el caso,  
Donde más ánimo sobra.



Fuíme á la cena del Rey,  
Por disimular; mas viola  
Con la cruz dos ó tres veces:  
Yo, por ver que mira y nota,  
Bajo los ojos, y veo  
La capa de Nuño, y gotas  
De sangre por muchas partes;  
Y allí la cruz, de la forma  
Que en las esquinas la ponen  
Para trágica memoria  
En letras que de ella informan:  
«Aquí mataron á un hombre»,  
Que era probanza notoria.  
Viendo la inquietud del Rey,  
Con turbacion vergonzosa  
Cubri la cruz á las hachas  
Que ya alumbraban todas:  
Y antes que el Rey se acostase,  
Camino de Zaragoza  
Tomé la posta, que salva  
Mejor que el ruego la posta.  
Llegué donde tengo á dicha  
Que á un mismo tiempo conozcas,  
Mi historia de mis palabras,  
Y mi valor de mis obras.

PRÍNCIPE.  
Don Diego, no pudiera encarecerte,  
Si no pensara ser agradecido,  
El gusto que me ha dado conocerte  
Y el ver que á nuestro reino hayas ve-

nido;  
Mi obligacion de esta verdad te advier-

te,  
Y el ser quien soy; y así, te ruego y  
pido  
Vengas conmigo, que es gastar razones  
Principios de negar obligaciones.  
Dos hijos tendrá el Rey, y yo un herma-

no.  
Señor, perdonaréis mi atrevimiento,  
Que aquí no he de ser visto de hombre  
humano.  
Porque me importa cierto pensamiento.  
PRÍNCIPE.

¿Qué dices?  
DON DIEGO.  
Que me deis, Señor, la mano;  
Porque en amaneciendo, daré al viento  
Velas en postas por el mar airado  
De mi temor, que corre más sagrado;  
Que aunque es verdad de vos seguro  
fuera,  
No quiero que los deudos, grandes to-

dos,  
De Nuño, busquen la ocasion primera  
Para matarme con injustos modos.  
Es la venganza bárbara tan fiera,  
Que los ejemplos griegos, persas, go-

dos,  
Romanos y españoles, con mil voces  
Muestran al que agravio casos atroces.  
Yo me quiero partir á Barcelona,  
Y de allí á Italia, con licencia vuestra.  
PRÍNCIPE.

Pues para estar secreto, ¿no me abona  
Sino el poder la diligencia nuestra?  
Para sólo esconderse tu persona  
De la venganza en invenciones diestra,  
¿No tendrá Zaragoza mil sagrados?  
¿No hay guardas, no hay defensas, no  
hay soldados?

DON DIEGO.  
No niego que pudiera defenderme;  
Pero para mejor asegurarme  
Me importa de las lenguas esconderme,  
Que pueden con las plumas declarar-  
me:  
Si me has de hacer merced, si quieres  
verme,  
Déjame á mí de mi temor guardarme,

Que en Zaragoza viviré escondido  
Sin ser de ningún hombre conocido.

PRÍNCIPE.  
¿Pues cómo te veré, si ya obligado,  
Tu amigo soy?

DON DIEGO.  
En este mismo puesto  
Todas las noches.

PRÍNCIPE.  
Quedo confiado  
Que tu palabra cumplirás en esto.

DON DIEGO.  
Seguro puedes ir.

PRÍNCIPE.  
Llama al criado.

DON DIEGO.  
¿Lope? ¿Ha Lope?

LOPE.  
¿Qué necio tan molesto  
Despierta á los cristianos á esta hora?

DON DIEGO.  
Mira que sale ya la blanca aurora.

LOPE.  
¡Oh pesia á los poetas que inventaron  
Aurora ó calabaza! ¿No pudieran  
Pasarse sin su aljofar?

DON DIEGO.  
Mira, loco,  
Que está su Alteza aquí.

LOPE.  
Perdona al sueño,  
Que suele ser de los sentidos dueño.

PRÍNCIPE.  
Venga conmigo Lope, porque quiero  
Que no le falte en Aragon dinero.

DON DIEGO.  
Los dos hasta la puerta de palacio  
Iremos siempre que á este calle vengas;  
Pero pasar de allí, no lo permitas.

PRÍNCIPE.  
No sé qué pensamientos solicitas.

LOPE.  
Déjame á mí tomar, si tú no quieres.

DON DIEGO.  
Deja, Lope, el tomar á las mujeres.

LOPE.  
Bien dices, tomaré por tu consejo,  
Pues la necesidad está excusada,  
Con ser mujer buscona y pedigueña,  
Que expuso en escribir y en pedir due-

ña.  
Salen DOÑA LEONORA y DON  
BERNARDO.

LEONORA.  
Esta noche no ha venido  
El Conde, mi hermano.

DON BERNARDO.  
Ha dado  
En celoso y desvelado  
De cierto desden perdido.

LEONORA.  
No me puedo persuadir  
Que mi hermano quiera bien.

DON BERNARDO.  
Yo lo pensaba también;  
Mas no puedo atribuir  
Su inquietud si no es á amor.  
LEONORA.  
El del Príncipe será.

DON BERNARDO.  
Ese bien pagado está  
De su privanza y favor.

LEONORA.  
¿Y vos soisle muy fiel?

DON BERNARDO.  
No sé, Leonora: por Dios,  
Querria privar con vos,  
Ya que no privo con él.

LEONORA.  
Yo estimo, como es razon,  
Los amigos de mi hermano.

DON BERNARDO.  
No lo diré yo, que en vano  
Tuve un tiempo esa opinión.

LEONORA.  
El viene.

Sale EL CONDE.

CONDE.  
Agora diré  
Que amanece, pues aquí  
Hallo á Leonora.

DON BERNARDO.  
¿Y de mí  
Qué es lo que diré?

CONDE.  
No sé,  
Mientras que no os hablo aparte;  
Pues ya debeis de saber  
Que para echarme á perder  
Vos solo fuéades parte.

DON BERNARDO.  
¿Si ví por la esquina gente,  
Qué había de imaginar?

CONDE.  
¿Si yo no os llegaba á hablar,  
No fué cosa impertinente  
Arrojaros de aquel modo?

DON BERNARDO.  
Ya es hecho, ¿qué se perdió?  
Demas, que imagino yo  
Que fué prevenido todo,  
Y que el Príncipe tenía  
Criados, y tan honrados,  
Que han herido á mis criados;  
Pues uno entre ellos venia,  
Que desde que yo nací  
No he visto mejor espada.

CONDE.  
En la ocasion más honrada  
Crédito y honor perdí.  
Volvamos á hablar, Bernardo,  
A Leonora, que no es bien  
Que nos entienda; pues quien  
A noche fué tan gallardo  
Supo gozar la ocasion.

LEONORA.  
Pues, Leonora, ¿qué has pensado  
De verme tan desvelado?

LEONORA.  
Qué ajenos cuidados son;  
Y si va á decir verdad,  
Ménos dentro te querria,  
Que el descanso no se fia  
Tal vez de la majestad.

CONDE.  
Yo sirvo, y debo servir  
Con lealtad.

Sale LISEO.

LISEO.  
Aquí ha llegado  
Un hombre harto bien tratado,  
Y que acaba de venir  
De Castilla.

CONDE.  
¿Qué me quiere?  
LISEO.  
Darte una carta.

CONDE.  
Entre, pues.

Salen DON DIEGO y LOPE.

DON DIEGO.  
Dadme, Señor, vuestros piés.

LOPE.  
Aquí será bien que espere.

DON DIEGO.  
Del Almirante, Señor,  
Es esta carta.

CONDE.  
Mostrad.

DON DIEGO.  
Yo he venido á esta ciudad  
En fe de vuestro favor:  
Deme vuestra señoría  
Los piés.

CONDE.  
No estéis de ese modo.

LOPE. (Ap.)  
¡Oh qué bien que se hace todo  
Lo que la fortuna guía!

CONDE.  
(Lee.) «A don Juan de Guzman, mi  
camarero, por no casarse desigual-  
mente, le fué forzoso dejar á Casti-  
lla. Pidióme esta carta con deseos de  
servir á vuesañoría, á quien suplico  
honor en su casa con el oficio que fue-  
re servido, pagándole á él esta volun-  
tad, y á mí la confianza con que se lo  
suplico.»

¿Sois vos don Juan de Guzman?  
DON DIEGO.  
Sí, Señor.

CONDE.  
Aquí tendreis  
Mi casa, que merecis  
Mayores cosas, don Juan,  
Por vuestra misma persona,  
Sin otro ajeno favor.

DON DIEGO.  
No en balde, invicto Señor,  
Por luz de aquesta corona  
Allá os publica la fama.  
Ni quiero yo más honor  
Que servir tan gran Señor.

CONDE.  
¡Hola! al mayordomo llama,  
Y haz que le den aposento  
Conforme á su calidad.

DON DIEGO.  
Señor, á tanta humildad  
Vos le dais merecimiento.

CONDE.  
Hermana, yo voy á ver  
Si el Príncipe se levanta.

DON DIEGO.  
No podré yo merced tanta  
En mi vida agradecer,  
Ni á mi fortuna ni á vos.  
(Vanse el Conde y don Bernardo.)

LOPE.  
¿Hizo la carta fingida  
Efecto?  
DON DIEGO.  
De nuestra vida  
Está el remedio en los dos.

DON DIEGO.  
¿Señora?

LEONORA.  
Escuchad.  
¿En la córte habeis vivido?

DON DIEGO.  
Allí, Señora, he servido  
La flor de mi verde edad,  
Aunque sirviendo se goza  
Lo poco que ya sabeis.

LEONORA.  
¿Quién duda que conocéis  
A don Diego de Mendoza,  
Un caballero, sobrino  
Del duque del Infantado?

DON DIEGO. (Ap.)  
Confieso que me he turbado.

LEONORA.  
¿Qué estais pensando?  
DON DIEGO.  
Imagino  
La causa por qué quereis  
Saber de ese caballero.

LEONORA.  
Hay aquí cierto escudero,  
Que vos no le conocéis,  
Que en Castilla le servía;  
Este en cualquiera ocasion  
Habla con tanta pasion  
De su talle y valentía,  
Que al principio me cansaba  
Y despues me aficionó.

DON DIEGO.  
¿Y está aquí?

LEONORA.  
Ya se partió  
A una aldea, donde estaba  
Por dueño de una heredad  
Que mi hermano tiene allí.

DON DIEGO.  
¿Oyes esto?  
LOPE.  
Señor, sí.

LEONORA.  
Quiero saber si es verdad  
Lo que cuenta de don Diego  
Este escudero.

DON DIEGO.  
Señora,  
A quien preguntais ahora,  
Esta de su amor tan ciego,  
Que os dirá cosas extrañas;  
Pero para que creais  
Que á todos cuantos hablais  
Os alaban sus hazanas,  
Llamad ese criado mio,  
Hombre del vulgo, y vereis  
Las cosas que del sabeis.

LEONORA.  
Aunque de vos las confío,  
Holgaré de hablar con él  
Para tener más testigos.

DON DIEGO.  
¿Nuño?

LOPE.  
¿Señor?

DON DIEGO.  
Mi Señora  
Te quiere hablar.

LOPE.  
Ya subimos  
Desde el caballo al estrado.

LEONORA.  
¿Nuño?

LOPE.  
¿Señora? (Ap. ¿Qué obispo  
Me confirmó? ¿No era yo  
Lope no há un hora?)

LEONORA.  
He querido  
Preguntarte, si es verdad,  
Por mil cosas que me han dicho,  
Si don Diego de Mendoza...

LOPE.  
¿Qué es esto?

LEONORA.  
Advierte: ¿el sobrino  
Del duque del Infantado.  
Es el más galan que ha visto  
Castilla, y el más valiente  
Caballero que ha tenido  
Granada, y el más amado  
De las damas?

LOPE.  
En mil siglos  
No ha visto el tiempo algun hombre  
De más partes: si Narciso,  
Como las fábulas dicen,  
Se enamoró de sí mismo,  
Y en el cristal de tus ojos  
Se viera don Diego, digo,  
Que fuera verdad y historia,  
No porque don Diego es lindo;  
Mas porque del pié al cabello  
Naturaleza le hizo  
Hombre sin defecto alguno;  
Sólo dicen que era tibio,  
Mujeres que despreciaba.  
Esto no puedo decillo.  
Porque casos semejantes  
No son como otros delitos,  
Que aquí verán las preñadas...

LEONORA.  
No eres necio.

LOPE.  
Há dias que sirvo  
Con hambre y necesidad.

LEONORA.  
¿Don Juan, tu amo, no es rico  
Conforme á su calidad,  
Y á las prendas de su oficio?

LOPE.  
No, Señora.

LEONORA.  
¿Pues por qué  
Siendo tú ingenioso y vivo,  
No le buscas?

LOPE.  
Ya se ofrecen  
Algunos mancebos ricos,  
Pero más quiero á don Juan  
Pobre con tan buen juicio,  
Que sufrir un ignorante.  
Oye un cuento... Mas ¿qué digo?  
Ya se acabaron los cuentos,  
Que como algunos divinos  
De oír estudios ajenos  
Están cansados y ahitos,  
No quieren cuentos: ya dicen  
Que les den concetos vivos,  
Y pásensele por alto  
Tantos sutilmente escritos;  
Que he visto yo cierta pluma  
Borrar lo que está bien dicho,  
Temiendo que no ha de ser  
De estos sabios entendido.  
Verdad es que lo son muchos  
Que escuchan agradecidos:  
Que como sabios entienden,  
Perdonan como benignos,  
Defienden como hombres nobles,  
Favorecen como amigos,  
Disculpan como quien pueden  
Errar; que todos nacimos



Hombres, y no siempre el hombre  
Es tan fénix en su oficio,  
Que no pueda errar en algo;  
Pues en el cielo empiro  
Hubo yerros en criaturas,  
Que Dios tan hermosas hizo,  
Hasta que los confirmó  
En gracia que no tuvimos  
Confirmada, los que andamos  
En el cielo peregrinos.  
Volviendo, en fin, á don Diego  
De Mendoza, de él te afirmo  
Que no ha nacido en Castilla  
Caballero tan bien quisto.  
Don Diego no es de los hombres  
Que hablando con artificio,  
A quien los escuchan matan  
Con vocablos exquisitos.  
Tiene un claro entendimiento,  
Fundado, libre, distinto  
Del vulgo, con que á quien habla  
Agrada en términos lisos.  
Las galas se aprenden de él,  
No impropias, porque vestido  
Con igualdad, deja al cuerpo  
Lugar al honor y al brio.  
Tiene en la guerra y la paz,  
Señora, tal ejercicio.  
Que con las armas es Marte  
Y con las galas Narciso.  
Puesto á caballo, parece  
De los que un tiempo los indios  
Pensaron que eran un cuerpo,  
Así van los dos unidos.  
Dirás que el caballo tiene  
Brazos de hombre, y por lo mismo,  
Que el hombre piés de caballo,  
Que no son cuerpos distintos.  
Y así entiende el animal  
Quien va en él, que piensa altivo  
Que ya es hombre y no caballo  
Y ser de un parto nacidos.  
¿No has oído que en el cielo  
Hay una figura ó signo  
Que se llama Sagitario?  
Pues es su retrato al vivo.  
¡Ay del toro que probar  
Su espada atrevida quiso!  
La cerviz con cuera de ante  
Es como armarse de vidrio.  
Pero ¿para qué te canso  
Con rudo ingenio atrevido  
A las partes de don Diego?  
Forme tu ingenio divino  
Un hombre en su entendimiento  
A prueba de los sentidos,  
Que ese es don Diego, y quien es  
De tales pinceles digno.

LEONORA.  
Más ciegos estais los dos  
De la afición de don Diego,  
Que quien yo dije. (Ap. Amor ciego,  
¿Cómo sois monstruo y sois Dios?  
¿Que pueda tanto la fama  
De un hombre, y la inclinación  
De las estrellas, que son  
La mayor fuerza en quien ama?  
¿Que quiera lo que no vi,  
Y que le pinte de modo  
Que le mire el alma todo  
Y esté retratado en mí?  
¿A quién habrá sucedido  
Cosa más noble y extraña?  
La imaginación engaña  
Al amor, y él al sentido.  
Con esto tengo á ventura  
Que sirva al conde don Juan,  
Que él y Nuño me dirán  
Esto que el alma procura.  
Con ellos descansaré  
De este pensamiento loco.)

DON DIEGO.  
¿Lope?  
LOPE.  
¿Señor?  
DON DIEGO. (Ap.)  
Yo sé poco,  
O aquí hay amor.  
LOPE.  
Y yo sé  
Que la fama bachillera,  
Que es como los habladores  
Que hacen las cosas mayores,  
Te ha pintado de manera  
Que aquesta mujer te adora.  
DON DIEGO.  
¿Por cuán extraño camino  
Trae á un hombre su destino,  
Como á mí me traje ahora!  
LOPE.  
¿Qué piensas hacer en esto?  
DON DIEGO.  
Lo que quisieren los hados,  
Que no quieren ser osados  
En lo que tienen dispuesto.  
Ya que vivo en Aragon  
Y con el conde de Urgel,  
Haré sagrado con él  
A tanta persecucion;  
Y con Leonora, su hermana,  
De doña Ana á la belleza.  
LOPE.  
¿No hizo naturaleza  
Más belleza que en doña Ana?  
¿Qué falta á doña Leonor?  
DON DIEGO.  
Tienes razon; mas si aquí  
Soy su criado, ¿de mí  
Cómo ha de entender mi amor?  
LOPE.  
El tiempo te ha de enseñar  
El modo que has de entender.  
DON DIEGO.  
Pues si el tiempo lo ha de hacer,  
Demos al tiempo lugar.  
LEONORA.  
¿Don Juan?  
DON DIEGO.  
¿Señora?  
LEONORA.  
Si acaso  
Puede tu conocimiento,  
Buscando alguna ocasion,  
Escribir á este don Diego,  
¿No veria yo si quiera  
Carta y letra suya?  
DON DIEGO.  
Tengo  
Con él tan grande amistad  
Que voy á escribirle luego;  
Porque al despedirme de él  
Me dijo: «En llegando, os ruego  
Que me escribais á Castilla  
Vuestra salud y sucesos.»  
LEONORA.  
Para más seguridad,  
Haz que lleve Nuño el pliego,  
Que yo le daré en que vaya  
Con regalo y con dineros.  
LOPE. (Ap.)  
¿Qué te dice?  
DON DIEGO.  
¿Quiéres tú  
Que vaya á escribir?  
LEONORA.  
Deseo...  
Si te digo la verdad...  
Que los dos...

DON DIEGO.  
Prosigue.  
LEONORA.  
Temo...  
DON DIEGO.  
Caballero honrado soy.  
LEONORA.  
Pues porque eres caballero  
Te digo, que si por tí  
Comunicarnos podemos  
Don Diego y yo, serás tú  
Mi secretario, y mi pecho  
Y el dueño de cuanto soy.  
DON DIEGO.  
Tú, Señora, eres mi dueño.  
LEONORA.  
Ve á escribir.  
DON DIEGO.  
Voy. (Vase.)  
LEONORA.  
Nuño, escucha.  
¿No irás, por servirme en esto,  
Con diligencia á Castilla?  
LOPE.  
Señora, iré tan ligero,  
Que parezca que es pesado,  
Si corre á mi lado el viento.  
Demás, de que ir á Castilla  
Es de mi gusto, el provecho  
De servirme estimo en tanto,  
Que á ser cometa me atrevo  
Que encendida en Aragon  
Llegue á Castilla tan presto  
Que apenas los que caminen  
Vean por el aire el fuego.  
LEONORA.  
¿Ay, qué olvido!  
LOPE.  
¿Cómo olvido?  
LEONORA.  
¿No fuera bien que primero  
Le preguntara á don Juan  
Si está casado don Diego?  
LOPE.  
¿Pues eso no lo sé yo?  
LEONORA.  
¿Cómo?  
LOPE.  
En cierto casamiento  
Ha tenido diferencias  
Con algunos caballeros,  
Y aun creo que á uno hirió.  
LEONORA.  
¿Luego no se hizo?  
LOPE.  
Pienso  
Que por celos lo ha dejado.  
LEONORA.  
¿Ay, Nuño, amigo, si hay celos  
No puede ser sino amor!  
LOPE.  
Yo pienso que eran conciertos;  
Porque nunca oí decir  
Que amase á nadie don Diego.  
LEONORA.  
¿Por qué?  
LOPE.  
Porque fué de todas  
Tan amado, que sospecho  
Que traía en la eleccion  
Confuso el entendimiento.  
LEONORA.  
¿Engañásmeme?  
LOPE.  
No por Dios.

## Sale DON DIEGO.

Ya escribí.  
LEONORA.  
Lee.  
DON DIEGO.  
Ya leo.  
«Hoy he llegado á Aragon,  
»Y hoy, señor don Diego, escribo,  
»Que para serviros vivo  
»En tanta persecucion.  
»La carta del Almirante  
»Ha sido tan efectiva,  
»Que me holgaré que le escriba  
»Otra al Conde, semejante,  
»En justo agradecimiento,  
»Porque ya en su casa estoy,  
»Donde por extremo estoy  
»Honrado, alegre y contento.  
»Hácame merced su hermana,  
»La más hermosa señora  
»Que ve el sol en cuánto dora  
»Y más divina que humana.  
»Por fama, os hace favor,  
»Que tiene de vuestros hechos,  
»Que vos, en remotos pechos  
»Alcazais prendas de amor.  
»Escribida, que me importa  
»Que me ayude y favorezca,  
»Porque con ella merezca  
»Favor mi ventura corta.  
»Que por dicha me darán  
»Mas bien los reinos extraños.  
»Dios os guarde muchos años.  
»De Zaragoza, don Juan.»  
LEONORA.  
Ella está á mi gusto; y tanto,  
Que como discreto has hecho  
Un traslado de mi pecho.  
Nuño, ya te he dicho cuanto  
Me importa la brevedad;  
Cierra tú, y él se aperciba.  
DON DIEGO.  
Yo haré que don Diego escriba.  
LEONORA.  
Si es ciega la voluntad,  
Bien se ha probado en mi amor.  
Pues quiero lo que no veo. (Vase.)  
DON DIEGO.  
¿Qué te parece?  
LOPE.  
Que es tu remedio, Señor.  
DON DIEGO.  
Tú estarás en mi aposento,  
Sólo de noche saldrás.  
LOPE.  
En fin, ¿tú responderás?  
DON DIEGO.  
Responder también intento,  
Hasta ver en lo que pára.  
LOPE.  
¿Y si te obliga á escribir  
Que vengas aquí?  
DON DIEGO.  
Venir.  
LOPE.  
En lo que dices repára.  
DON DIEGO.  
¿No hay noche?  
LOPE.  
A su negro coche  
Nombre de capa le dan.

## DON DIEGO DE NOCHE.

DON DIEGO.  
Seré de día, don Juan;  
Seré don Diego, de noche.

## JORNADA SEGUNDA.

Salen EL PRÍNCIPE Y LUCINDA.

LUCINDA.  
¿Cómo se entró vuestra Alteza?  
PRÍNCIPE.  
Como no hay puerta al poder.  
LUCINDA.  
¿Violencia se puede hacer  
Al honor y á la nobleza?  
PRÍNCIPE.  
Lucinda, ménos airada,  
No te olvides de quien soy.  
LUCINDA.  
No haré, Señor; pero estoy  
Más á mi misma obligada.  
Si yo supiera el criado  
Que esta noche se atrevió  
A meterle aquí...  
PRÍNCIPE.  
Y si yo  
Fuera de tu amor pagado,  
No hicieras los desatinos  
Que ves: tú la culpa tienes  
Que yo intente á tus desdenes  
Mil maneras de caminos.  
La noche me favorece,  
Y tú, que eres sol y día,  
Me matas, Lucinda mía.  
LUCINDA.  
Siempre, Señor, que anochece  
Está temblando mi honor  
De vuestro grande poder.  
PRÍNCIPE.  
¿Qué daño te puede hacer  
Mezclado con tanto amor?  
Ocho días hay, y aun más,  
Que no he llegado á tus rejas;  
Pues dime, ¿de qué te quejas,  
Si de mi poder lo estás?  
Sabe Dios cómo he pasado  
Estos días que te digo,  
Si no es amor buen testigo  
De mi celoso cuidado.  
Por tí me quieren matar;  
Quien te sirve á amor te mueve,  
Que quien á su Rey se atreve,  
Mucho te debe de amar.  
Perdónole, porque creas  
Lo que me debes.  
LUCINDA.  
Señor,  
Trata mejor de mi honor  
Si hacerme merced deseas,  
Que quien no te quiere á tí,  
¿A quién tendrá voluntad?  
PRÍNCIPE.  
Si me dices la verdad,  
Cesará mi amor en mí,  
Por vida del Rey mi padre,  
De casarte con él luego.  
LUCINDA.  
Señor...  
PRÍNCIPE.  
Haz lo que te ruego,  
Qué no hay medio que me cuadre  
Como saber que á otro quieres.  
De todo le doy perdon.

LUCINDA.  
¿Oh cuánto en crédito son  
Desdichadas las mujeres!  
Por vida de vuestra Alteza,  
Que no me he visto en mi vida  
De otra persona querida.

PRÍNCIPE.  
¿Pues por qué tanta aspereza?  
LUCINDA.  
Ya he dicho que por temor;  
Que si va á decir verdad,  
Le he tenido voluntad  
Desde que me tuvo amor.  
PRÍNCIPE.  
¿Qué escucho? ¿Eres tú, Señora,  
Quien eso dice? ¿Soy yo  
Quien esto á tu boca oyó?  
DON FERNANDO. (Dentro.)  
¿Gente en mi casa á tal hora? —  
Criados, salir, matadle.  
LUCINDA.  
Mi padre y su gente.  
CRIADOS. (Dentro.)  
¡Muera!

Sale DON FERNANDO con una albarda, y tres criados con las espaldas desnudas; y por otra parte DON DIEGO con LOPE.

DON DIEGO.  
No pienso esperar afuera  
Que no dan voces de balde.  
Defendedos, Señor, que aquí  
Está don Diego.  
LOPE.  
Y su sombra.  
DON FERNANDO.  
Matadle si no se nombra.  
PRÍNCIPE.  
No hay nombre, desdicha si.  
(Acuchillante, y al entrarse cogen por  
detrás á Lope.)  
CRIADO.  
¿Bravo valor!  
DON FERNANDO.  
Los que entraron  
Le han dado la vida.  
CRIADO.  
¿Tente!  
DON FERNANDO.  
¿Que esto en mi casa se intente?  
LOPE. (Ap.)  
En buen puerto me dejaron.  
CRIADO 2.º  
¿Suelta la espada!  
LOPE.  
Eso no.  
¿Hay aquí algun caballero?  
Porque rendirla no quiero  
A ménos noble que yo.  
DON FERNANDO.  
Dámela á mí.  
LOPE.  
¿Pues quién eres?  
DON FERNANDO.  
Don Fernando de Aragon.—  
¿Estos quién son?  
LOPE.  
¿Los que son  
Saber de mi lengua quieres?  
Haz cuenta que del tirano  
De Sicilia los tormentos,  
Los Perilos y Agrigentos,



Los de Tiberio romano, Los caballos Diomedeos Y las penas infernales Das á mis brazos leales; Que no podrán tus deseos Saber quién son, ni acabar Que á vuestra fuerza me rinda. DON FERNANDO. Yo lo sabré de Lucinda; Y mientras la voy á hablar, Atadle muy bien, que yo Sabré si podrá el castigo. (Vase.) LOPE. Que será imposible os digo, Porque sabed que me dió Su dureza la montaña Donde nació. (Atanle.) CRIADO 2.º Tú dirás Más que sabes. (Vase.) LOPE. No sé más De que fué desdicha extraña El caer en vuestras manos. CRIADO 1.º El queda atado muy bien. (Vase.) LOPE. Cuantos tormentos me den Han de sér remedios vanos. Solo estoy; y, en fin, sujeto Y atado; á cualquier traicion; ¿Qué he de hacer? ¡Brava ocasion Para decir un soneto! Pero no, que enfadan ya A la gente discretera; Pues ¿qué haré de esta manera? Sale FLORA. FLORA. Atado dicen que está Uno de aquellos traidores. LOPE. ¡Ah, Señora! ¡ah, reina mia! Oye. FLORA. ¿Quién es? LOPE. Quien venia Por sombra de estos amores; Cogiéronme y hanme atado. FLORA. Péname, que á mi Señora Tambien la maltrata agora Sin razon su padre airado. Ten fuerte, y no digas que es El Principe. LOPE. ¿Luego sabes Quién es? FLORA. Y cosas más graves. LOPE. Pues ruégote que me des Libertad. FLORA. Será mi muerte. LOPE. ¿Pues cómo se ha de saber? FLORA. ¿Quién eres? LOPE. ¿Quién puede ser Quien viene de aquesta suerte Con un Principe? FLORA. Es verdad,

Que el Principe no trajera A su lado, quien no fuera Persona de calidad. LOPE. Llega y huela-me. FLORA. No hueles Muy bien. LOPE. Es ventoso el miedo; Pero asegurarte puedo Muy bien, si de mi te dueles, Que me casaré contigo. FLORA. ¿Qué me dices? LOPE. ¿No es mejor Que morir? FLORA. ¿Habla el temor? LOPE. Lo mismo que dices digo; Pero yo lo juro así, Y así lo prometo al cielo. FLORA. Que me has de engañar receio, Si no hay calidad en mi; Aunque te juro que soy Hidalga, y sobre un hidalgo Todo viene bien. LOPE. De este peligro en que estoy, Y aqueste rigor amaina, Seré tuyo. FLORA. Ya te creo: ¿Tu nombre? LOPE. El conde de Argeo. FLORA. ¿A dónde cae? LOPE. Junto á Hanaina. FLORA. Yo te desato. (Desátale.) LOPE. Harás bien. FLORA. Ya lo estás. LOPE. ¿Podré salir? FLORA. Conmigo puedes venir, Que yo te abriré también. LOPE. De hoy más quiero que te nombres Mi mujer. FLORA. Mi esposo eres. LOPE. Siempre han sido las mujeres El amparo de los hombres. De ellas, en efecto, nacen, ¿Pues quién las puede argüir, Pues por sólo por parir Hacen todo lo que hacen? (Vanse.) Salen EL PRÍNCIPE Y DON DIEGO. PRÍNCIPE. Si de Alejandro la alta monarquía Heredase, don Diego, y te la diese, Alguna parte de la deuda mia

Es imposible que pagar pudiese; Pues cuando el beneficio de este día En la balanza del amor pusiese, Con tus hechos de gloria y fama llenos No dudo que pesase el mundo ménos. ¿Adónde estabas tan á punto cuando En un peligro tal pudiste verme? Pues sin duda su gente y don Fernando Me pudieran matar sin conocerme. Más, ¿qué te está mi dicha preguntan-Ni para qué dilato el ofrecermelo, Mil veces por tu esclavo? DON DIEGO. Señor mio, De quien mi vida y mi remedio fio, Las noches que has faltado de esta [puerta Yo he sido centinela en sus umbrales, Donde apenas he visto reja abierta Ni sospecha de otro amor señales. Mi buena suerte aquesta noche acierta A verte entrar, y con recelos tales Púseme cerca y á las voces llego. PRÍNCIPE. Dame esos brazos otra vez, don Diego, Y hazme tan grande bien que no dilate. Más tu presencia al día en que te vea, Pues ya no es tiempo que esconderte [trates, Lo que mi justa obligacion desea. DON DIEGO. Aunque con tantas fuerzas me comba-Y ya mi amor en ti la suya emplea, Lo ha de ser que te niegue lo que pides, Porque mi bien y mi remedio impides. Perdona, gran Señor, y ten paciencia Hasta que de Castilla tenga aviso. PRÍNCIPE. Siente, don Diego, amor tu resisten-Y estoy entre mil cosas indeciso. Yo voy haciendo cierta diligencia En la desdicha que ponerme quiso Mi fortuna cruel; si presto viene, Verás con luz quien ya por sol te tiene. PRÍNCIPE. ¿Pues dónde estás de día? DON DIEGO. En una casa De posadas estoy, hasta que Febo En nubes de oro al occidente pása, Bordando las de allá resplandor nue-vo. PRÍNCIPE. ¿Tienes regalo? DON DIEGO. Y no de mano escasa, Que tanto al dueño de la casa debo. PRÍNCIPE. Envidia su ventura. DON DIEGO. Y yo enviadira La mia, si este bien en otro hallára. PRÍNCIPE. Quiero darte una joya que traia Para Lucinda, aunque es pequeño el [precio, Que veinte mil escudos este día Pienso que son de tu valor desprecio. DON DIEGO. Fuera no la tomar descortesia; Y en opinion de un rey quedar por ne-Beso tus piés mil veces. PRÍNCIPE. Si quisieras

Diverso premio de mi amor tuvieras. ¿Qué miras? ¿En qué estás tan diver-sado? DON DIEGO. Lope, Señor, es un leal criado, En la montaña donde yo nacido, Y ver que no salió me da cuidado. PRÍNCIPE. A desdicha tendré si le han herido, Y mayor si quien soy ha declarado. DON DIEGO. De eso estoy yo seguro, aunque le hi-Pedazos á tormentos que le dieran; Y así, Señor, suplico á vuestra Alteza Me dé licencia que á buscarle vaya, Que fuera ingratitud á mi nobleza, Aunque mil suertes de peligros haya. PRÍNCIPE. Es justa obligacion y gentileza; Mas ya que mi secreto está en la playa, Será volverle al golfo en que se ane-do. DON DIEGO. Un hombre viene aquí. PRÍNCIPE. Si es solo, llegue. Sale LOPE. LOPE. (Ap. Famosamente escapé, Por manos de Flora hermosa, De la prision rigorosa Donde ser muerto pensé. Con el Principe se iria Don Diego. Gente hay aquí, Esta noche anda tras mi Suelta la desdicha mia. Ellos son dos: si me muestro Cobarde, me han de matar; Ahora bien, quiero trazar Esta pendencia á lo diestro; Pero valga industria aquí, Que fué siempre lo mejor. Estos llegan con rigor Metiendo mano hácia mi. El tirar la capa pruebo Con la izquierda; aquel que encapo, Como los ojos le tapo, De una estocada le llevo. ¿Pues cuerpo á cuerpo el que queda, Quién me le puede quitar?) ¡Ah, hidalgos! ¿podré pasar? (Ap. Olor hay y cruje á seda. Consolado estoy; no es gente De rapis, rapis.) ¿Qué digo? ¿Pasaré? PRÍNCIPE. ¿Quién es? LOPE. Amigo, Y si quisiere, pariente. DON DIEGO. Pase ó no pase. LOPE. (Ap. Mal año; ¿Pase ó no pase? ¿qué haré?) Si me dejan, pasará Sin hacerles mal ni daño, Y sino... PRÍNCIPE. ¿Qué habeis de hacer? LOPE. ¿Qué tengo de hacer? volverme. DON DIEGO. ¿Es Lope? LOPE. Señor? DON DIEGO. Hacerme

No pudo mayor placer Y lisonja la fortuna. Mira que está aquí su Alteza. LOPE. A los piés de tu grandeza, Que ya de esta noche es luna, Está Lope de Vivar. PRÍNCIPE. ¡Ay Lope! ¿qué ha sucedido? LOPE. A la cama de su olvido Se quiere entrar á acostar De la noche, porque el mongil De bayeta dobla ya, Y coronando se va Moncayo de oro y marfil. Por el camino diré La ventura que he tenido, Que he estado preso. PRÍNCIPE. No ha sido Tu dicha, la mia fué. Vamos, don Diego. DON DIEGO. Señor, La vida es poco ofrecerte. LOPE. Tragada tuve la muerte; Mas nunca tuve temor. PRÍNCIPE. Lope, en aqueste bolsillo Llevas doscientos doblones. LOPE. Rindante varias naciones Tanto metal amarillo, Que puedas, Señor, dorar Los muros á Zaragoza. DON DIEGO. Lope, quien tal dueño goza, ¿Qué tiene que desear? LOPE. Verte en descanso no más. (Vanse.) Salen EL CONDE Y LEONORA. CONDE. Declarado se ha conmigo, Don Bernardo, de este modo. LEONORA. No es de discretos que todo Lo sepa el mayor amigo; Algo se ha de reservar. CONDE. Fué forzoso descubri-le Mi pecho, para pedille Que me quisiere ayudar. LEONORA. Nunca con arte pretendas Del Principe la amistad, Ni la propia voluntad Con industria impropia ofendas. Si tienes estrella, basta Para merecer su amor, Que es adúltero el valor Cuándo la amistad no es casta. CONDE. Ya te he dicho que me fué Forzoso, y que ya está hecho. LEONORA. Que te ha de dañar sospecho Si despreciado se ve. CONDE. ¿Luego no te casarás Con don Bernardo?

LEONORA. ¿Eso dices? CONDE. Pues cuenta por infelices Mis pretensiones de hoy más. LEONORA. Con mejores pensamientos Pensé que vuesañoria Habia nacido. CONDE. Tenia Tus altos merecimientos, Leonora, para un señor De Castilla, como sabes; Pero en negocios tan graves Está temblando el honor. Sin esto, no se ha sabido Quien es el que defendió Al Principe, que llegó Acaso, ó él lo ha fingido; Pues no habrá, pues no hay ninguno A quien haga más merced. LEONORA. Todos los hombres, creed Esto, sin que falte alguno, Os perdeis por presuncion; Pues piensa el más ignorante Que no tiene semejante Su ingenio y su discrecion. CONDE. Si yo tomara consejo, No hiciera tal disparate; Mas del remedio se trate. LEONORA. Oye el que te aconsejo; ¿El Principe está celoso? CONDE. Notablemente. LEONORA. Pues di Qué es don Bernardo el que alli Le desvela codicioso De casarse con Lucinda. CONDE. Yo lo habia imaginado; Pero púsome en cuidado Que á tal agravio me rinda. LEONORA. Él, ¿en esa confianza, No me pide por mujer? Luego remedio ha de haber A su perdida esperanza. CONDE. ¿Pues cómo el Principe puede Creer que la sirve? LEONORA. Escucha, Que si la sospecha es mucha A toda lealtad excede. Dí á don Bernardo que importa Que de noche dé á entender Que viene á hablarla, y á ver Si el Principe se reporta En este amor con los celos; Y que finja que está hablando Por las rejas. CONDE. Voy pensando Que no han formado los cie:os Más ingenioso animal Que la mujer. LEONORA. Eso es cierto. CONDE. Hoy al Principe le advierto.